

REF.
900
On58h
V.3

STC-29-SEP-78.

D20
HS
U.3

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES



FRM

2594

HISTORIA DEL PUEBLO DE ISRAEL

POR

BERNARDO STADE

PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE GIESSEN

INTRODUCCION

1. Importancia que tiene para nosotros la historia de Israel.

Muchos pueblos han pasado por la tierra y gozado de sus beneficios largo tiempo, se han constituido y han desaparecido, sin que conozcamos su historia y aun sin que jamás la hayan tenido. Solo tienen historia los pueblos que, por decirlo así, han sabido elaborarla, esto es, los que han ejercido alguna influencia en la marcha y desarrollo de la humanidad. Sucede con los pueblos lo mismo que con los individuos aisladamente considerados: quedan en la memoria de la posteridad los que han descollado en ideas propias capaces de transformar la vida del género humano, ó, lo que es exactamente igual, los que con sus hechos han abierto el camino á nuevos progresos. Tanto mas trascendental es la historia de un pueblo determinado, cuanto mayor suma de conocimientos ha aportado á la vida de los demás y cuanto mas tiempo éstos han vivido recorriendo el camino emprendido por él. Los pueblos históricos son aquellos que han sobresalido por sus aspiraciones al dominio universal del mundo, en una ú otra forma.

Ahora bien: si al comenzar esta obra nos preguntamos qué es lo que propiamente nos interesa en la historia del pueblo de Israel, responderemos: que nada de lo que llama nuestra atención, nada de lo que nos mueve á la admiración y á la imitación de la historia de otros pueblos, se halla en éste en medida perceptible. Israel fué siempre un pueblo pequeño é insignificante, que se reconcentró en un corto espacio de tierra y que jamás tuvo especial importancia en la historia política del Oriente. Ciertamente es que durante algun tiempo el personaje mas noble y heróico que produjo aquel pueblo hizo temible el nombre de Israel entre sus vecinos mas cercanos; pero estos mismos vecinos fueron tambien pequeños pueblos que, en conjunto y separadamente considerados, han desaparecido, como igualmente hubiera desaparecido Israel antes de ahora si no hubiese tenido algo mas especial y característico que aquellos. Despues de la muerte de aquel hombre, piérdese muy rápidamente otra vez la tan relativa cuanto insignificante manifestación del predominio de su pueblo. Pero aun entonces fué de escasa importancia Israel comparado con las grandes naciones del Oriente, sin contar que jamás tuvo un Sesostris, un Sargon, un Asarhadon, un Assurbanipal, un Nabucodonosor ó un Ciro que llevara sus banderas á lejanas comarcas.

HISTORIA DE ISRAEL

Y sin embargo, bajo muy diversos aspectos, nos interesa mas la historia de Israel que la de aquellos antiguos pueblos, que, indudablemente, se esforzaron por realizar una de las mas grandes ideas de la humanidad, la idea del dominio del mundo, el imperio universal, pero que, confundíendola con la del despotismo de un solo hombre, y, mas aun, asentando su imperio sobre esta base, no produjeron beneficio alguno permanente para el género humano. Así es que la destrucción de estos pueblos no despierta muy profundamente nuestra simpatía, y hasta el que con mejor éxito que todos sus predecesores quiso realizar aquella grandiosa idea de dominio universal, fundándola, no en el despotismo de una sola persona, sino en el derecho y en la ley, el pueblo romano, no excita, en manera alguna, con su historia aquel interés general que excita el pequeño pueblo de Israel, á pesar de su poca importancia política. Esto no quiere decir que el pueblo de Israel excediera al romano en su actividad creadora del derecho. Es verdad que en Israel tuvo origen el pueblo de la ley, como muchos de sus descendientes se complacen en considerarlo aun hoy día; pero su legislación, aunque se extiende y abarca con hilos indestructibles á todas las manifestaciones de la vida, no tiene valor ni eficacia mas que para la pequeña comunidad que á ella se sometió, unida, por otra parte, por lazos de parentesco. Para la humanidad en general no tiene valor alguno, ni, por lo mismo, conserva para ella simpatías de ningun género. Mucho de aquella legislación, y justamente aquello que aun hoy tienen en mas estima los descendientes de Israel, carece de importancia religiosa y es, además, de origen y esencia puramente paganos. Su valor real está en las ideas religiosas que le sirven de base y en algunas otras particularidades á que dió mayor arraigo y desarrollo la espada del islamismo, el cual se consideró legítimo continuador de la religion de Israel. Mas la cultura de los pueblos que han caído en lote al islamismo se encuentra en completo estado de descomposición, como se demuestra cada día mas claramente, y no parece lejána la época en que habrá de transformarse, so pena de perder su puesto en el concierto de las naciones. Por el contrario, los romanos con su derecho han dado á muchos pueblos el fundamento de sus instituciones nacionales y municipales, y han sido sus guías y maestros; estos pueblos son los sostenedores de la civilización europea y cristiana, siempre victoriosa y progresiva, y cada día mas extendida por toda la redondez de la tierra.

I

Al llegar á este punto, ¿habrá necesidad de demostrar que el mahometismo no puede ser considerado como el desarrollo normal del Antiguo Testamento á causa de su propia deficiencia moral? El lector seguramente no lo cree. No puede negarse que el mahometismo ha guiado á muchos pueblos por el camino de la moralización y del progreso; pero la deficiencia á que nos hemos referido llevó en poco tiempo á aquellos pueblos á una irremisible decadencia moral y política. Ya hemos dicho en otro lugar que empuñó la idea religiosa, así como también hemos indicado que en su legislación se conserva todavía la levadura de su origen farisaico. Según la arrogante expresión de un moderno autor anglo-mahometano, barnizado de cultura inglesa, se ha perdido tres veces el progreso en la historia universal: la primera, en la batalla de Maratón, la segunda, cuando Carlos Martel derrotó á los árabes, y la tercera cuando los príncipes alemanes libertaron á Viena, sitiada por los turcos. Esta opinión es franca y honrada, como consecuencia del modo de pensar de los mahometanos, pero hasta ahora la historia universal es su condenación.

2. Carácter de esta historia.

Consistiendo, como se ha dicho anteriormente, la importancia del pueblo de Israel y nuestro interés en el conocimiento de su historia, en la luz que nos proporciona para relatar la historia primitiva de las religiones monoteístas, hay necesidad de atender á circunstancias muy especiales que se presentan en cada fase de esta historia misma. En primer lugar debe exigírsele que marque preferentemente el desarrollo de la idea religiosa. Un relato histórico que se limitara á dar á conocer al pueblo de Israel solamente bajo el aspecto político, sería tan incompleto como una historia romana ó una historia griega que, respectivamente, prescindieran del desenvolvimiento de la vida en el Estado ó del desarrollo del arte, de la filosofía y de la ciencia; y además resultaría tan pobre que no valdría la pena de dedicarle algunas horas.

En segundo lugar, no debe perderse de vista que la religión del Antiguo Testamento es una religión progresiva. No apareció en el mundo con tanta perfección como el mahometismo ó la religión cristiana. Esta última, como complemento que era, según ya hemos manifestado, de la idea religiosa contenida en el Antiguo Testamento, surgió con formas más acabadas y perfectas.

La religión del Antiguo Testamento desde sus tiempos primitivos hasta la época en que se transformó en una adoración de Dios puramente espiritual y monoteísta, ha debido de recorrer muy largos caminos. Tiene sus raíces en una religión de la naturaleza, y es tal vez una semilla traída á Israel por un pueblo extraño. De las observaciones hechas en la página 3, se desprende cuántas contrariedades y obstáculos tuvo que vencer aquella semilla para desarrollarse y fructificar. Según el más antiguo concepto religioso, la acción de Dios, como hemos visto, se circunscribe á su pueblo; el reconocimiento, pues, de un Sér Todopoderoso, superior al mundo, se concilia perfectamente con la opinión de que puede haber otros dioses y otros pueblos. A la religión de Israel pasan desde los tiempos del paganismo muchas prácticas y conceptos religiosos paganos: en la misma ley se han conservado bastantes en lo referente á preceptos higiénicos y á la prohibición de manjares.

tido como si se dijera «botánica liberal» ó «anatomía liberal» — cuando se dice que tiene la culpa de la enemiga del judaísmo moderno hacia el cristianismo, es tanto más absurda cuanto que el judaísmo no necesita en verdad de la llamada «Teología liberal» para apreciar el origen de donde procede y la importancia de su significación.

La adoración de Dios en imagen no les era desconocida; desde los tiempos primitivos se confunde con la naturaleza y va estrechamente unida con la tierra y con sus manifestaciones naturales. Que posteriormente este culto de la naturaleza se convirtiese en una religión del espíritu, y que como tal se manifestase en el mundo antiguo, se debe, como ya hemos dicho, á la propaganda de los profetas y á las vicisitudes políticas. La propaganda profética tuvo que reñir violentos combates contra el culto ordinario que el pueblo tributaba á Dios; á menudo permaneció indecisa la victoria, y hasta una vez pareció inclinarse del lado del pueblo; solo la ruina de las instituciones políticas da la victoria al concepto profético, completándose la transformación con el cautiverio. El israelismo se convierte en judaísmo y se presenta entonces algo nuevo y completamente desconocido para el mundo antiguo: una moral dependiente, en absoluto, de la idea religiosa; pero esta moral es una moral estrecha, reducida: la ley es su expresión, teniendo al propio tiempo los caracteres de una moral nacional, contraria y enemiga de todo lo pagano. El movimiento del desarrollo interior judaico, que ensanchó los límites de esta moral, preparando así el advenimiento del reino de Dios, esto es, del cristianismo, se verificó á pesar de la influencia de las ideas griegas y de la cultura romana.

No se puede, por tanto, dejar de advertir con insistencia que debemos guardarnos de aplicar á la religión del Antiguo Testamento el aforismo de Schleiermacher: «que solo en su origen se conoce con mayor pureza la esencia de una religión (1).» Esta es una generalización errónea de una observación hecha en el cristianismo.

3. Épocas y períodos de esta historia.

De lo expuesto se deducen el punto de partida y el término de la historia del pueblo de Israel, así como también su distribución según puntos de vista determinados y determinantes, ó, como suele decirse, su división en épocas y períodos. Si un pueblo comienza á tener historia cuando él mismo la elabora, es consiguiente que debemos adoptar como punto de arranque su aparición como entidad política. Ya veremos después cómo más allá no hay sino recuerdos históricos aislados; todo es casi exclusivamente leyenda, y leyenda que ha llegado hasta nosotros en forma tendenciosa y caprichosamente reconstruida. Para escribir, pues, la historia de un pueblo, hay que comenzar el relato en la época en que ha adquirido individualidad. Esta es la fuente más pura y cierta para juzgar de su desarrollo; todo lo que traspasa este límite carece de valor real histórico.

Como término y punto de parada de esta historia se ofrece naturalmente aquel acontecimiento que dió lugar á que el judaísmo se desmembrara en la Tierra Santa dejando de ser un pueblo para convertirse en secta religiosa: la época en que el cristianismo y el judaísmo, degenerado en fariseísmo, se separaron definitivamente. Por lo común se fija esta época en la destrucción de la ciudad y del templo por Tito, el año 70 después de Cristo. Ciertamente es que con este acontecimiento quedó destruido el judaísmo, pero no estaba todavía toda la Palestina en poder de los romanos. Herodías, Maqueronte y Masada estaban aun por conquistar: solo después de la caída de Masada, en el año 73 de Cristo, se consiguió aquel resultado.

Dividiremos, sin embargo, la historia del pueblo de Israel en dos épocas: la del israelismo y la del judaísmo. La primera termina con el principio del cautiverio de Babilonia, y

(1) Luis Lemme lo ha aplicado poco há en su obra: *La importancia religiosa y política del Decálogo*, Breslau, 1880.

es dividida á su vez en dos partes por la destrucción del reino de Israel en el año 722 antes de Cristo. La segunda tiene cuatro partes: 1.ª, época del cautiverio hasta la constitución de la comunidad, seguida por la sumisión del pueblo á la ley por Esdras en 444 antes de Cristo; 2.ª, desde la constitución de la comunidad hasta Alejandro, 336 años antes de Cristo; tercera, desde Alejandro hasta Antíoco IV Epífanes, 175 años antes de Cristo, y 4.ª, desde Antíoco Epífanes hasta la destrucción de la comunión judaica por los romanos, 73 años después de Cristo.

4. Método adoptado para escribir esta historia.

Empleamos el histórico-crítico, sin el cual es imposible de todo punto la investigación histórica. La experiencia general demuestra que nada puede transmitirse al través de varias generaciones, ya sea de palabra ya por escrito, que no esté expuesto á ser en cierto modo desfigurado y alterado. La manera particular de ver del narrador influye poderosamente en lo relatado, aun cuando no se tenga la menor intención de desfigurar los hechos; de aquí se originan alteraciones que son tanto mayores cuanto más largo es el período de la transmisión. Por lo mismo no debe aceptarse tradición alguna sin el debido exámen, y hay que examinarla lo mismo según su testimonio exterior que según el interior. Según su testimonio exterior hay que comprobar si las fuentes de que procede son dignas de crédito y todo lo que con esto se relaciona, así como si son más ó menos coetáneas de lo relatado. De igual manera, según el testimonio interior hay que examinar si lo relatado está de acuerdo con los hechos de que se tenga noticia de tiempos anteriores y posteriores, y si puede explicarse como consecuencia de los unos ó causa de los otros, así como también si los hechos han ocurrido exactamente del modo relatado ó si ha habido algún interés particular en que aparezcan en tal forma.

Hay que sentar como axioma en estas comprobaciones, que, á causa de la imperfección de todas las cosas humanas y, en especial, de la inherente á las tradiciones, que ya hemos indicado, la investigación histórica no puede abrigar la pretensión de representar los sucesos exactamente como han ocurrido. Ningún hombre los ve tales como son, y, entre dos ó más, cada uno los ve de manera distinta. Desde el momento en que media el menor espacio de tiempo entre el suceso y su anotación, se desfigura por sí propia su imagen para el anotador en razón directa del tiempo transcurrido. La investigación histórica tiene que contentarse las más de las veces con mondar las tradiciones para que concuerden con los acontecimientos, ganando así mayor verosimilitud. Si motivos poderosos hacen suponer que este fin todavía no ha podido realizarse, será lícito sacar consecuencias, pero no deben presentarse más que como hipótesis.

Por lo mismo que la historia del pueblo de Israel tiene un marcado carácter histórico-crítico, se diferencia en finalidad y método de la llamada historia bíblica. Esta tiene un objeto edificante, pues debe fortalecer y desarrollar el sentimiento religioso por medio de la presentación de los héroes de la religión; quiere relatar de un modo más comprensible para todos el ofrecimiento de la salvación hecho á la humanidad. Por eso la atraen especialmente las relaciones que entrañan una tendencia religiosa, de la misma manera que sucede en general con los artistas. El método de la historia bíblica es el armónico. No admite contradicciones en sus relatos, desechando aquellas que son demasiado marcadas; sigue la interpretación judaica de la historia de Israel, aceptada por la más antigua teología cristiana, tal como con mayor perfección aparece en las crónicas, y así convierte en aconteci-

miento una sencilla consideración de carácter histórico. Con las crónicas trata de conformar también las noticias más antiguas y contradictorias: la descripción, por ejemplo, que hace de David es completamente anti-histórica. Por su finalidad peculiar, no está en situación de apreciar y delinear con exactitud las antiguas figuras históricas del pueblo de Israel.

Lo contrario sucede en la historia de Israel. Esta se esfuerza en descubrir la verdad y nada más que por la verdad; rechaza los actos más importantes de los personajes religiosos más elevados cuando son de testimonio dudoso; descubre sin piedad las diversas tendencias donde quiera que se hallen; su propio elemento son las contradicciones que encuentra; justamente mientras las persigue procura hallar los verdaderos hilos de la tradición histórica; desvanece muchas ilusiones, pero en cambio de lo que quita da siempre algo mucho mejor como dominio perpetuo; se dirige á los mayores de edad y no á los niños, como la historia bíblica; en fin, procura interesar á los hombres pensadores en la historia primitiva de la idea cristiana y ganarlos para esta idea. Pero esto último no es propiamente su objeto; si ha descubierto la verdad ya ha hecho lo bastante (1).

5. Dificultades que debemos allanar para realizar este trabajo.

La aplicación del método histórico-crítico á las investigaciones sobre la historia del pueblo israelita tropieza con obstáculos muy especiales. Son de tres clases: en primer lugar está en la circunstancia de ser la historia de Israel, en su esencia, una historia de ideas religiosas; en segundo lugar vienen á dificultar nuestra tarea particularidades de la literatura hebrea, y en tercer lugar, las vicisitudes que ha experimentado el texto transmitido.

Nuestra fuente principal para hacer la historia de Israel, si bien no la única, son las escrituras del Antiguo Testamento, esto es, aquellas que el judaísmo considera, tal vez desde la época de nuestra Era, como el título primitivo de su religión, como su literatura clásica, como su cánón. Vienen después otras escrituras que ya existían en el pueblo de Israel, y de hecho se encuentra fuera del cánón una larga serie que todavía no ha sido canonizada. Como se comprende, el historiador no puede hacer semejanza de diferencia; para él las escrituras que se encuentran fuera del cánón, son fuentes históricas tan buenas como las canónicas, y aun mejores, bien mirado, para aprovecharlas como más fieles y seguras, por lo mismo que no han sido declaradas auténticas, pues si bien es verdad que su texto puede haber llegado hasta nosotros con menos exactitud que el de las comprendidas en el cánón, en cambio ofrecen la seguridad de haber quedado exentas de las consabidas alteraciones.

El cánón de las escrituras del Antiguo Testamento se divide exactamente en tres cánones menores, á saber:

1.º El Tohra ó los cinco libros de Moisés. Estos fueron declarados canónicos por la comunidad, que se sometió á ellos, mediante la intervención del doctor judío Esdras, 444 años antes de Cristo (2).

2.º El cánón de los profetas en su más lato sentido, com-

(1) Teólogos y no teólogos, que no están versados en los métodos de crítica histórica de las Santas Escrituras, se verán contrariados por muchas reflexiones de esta obra. Pueden, no obstante, estar convencidos de que el autor tiene en tanta estima como ellos mismos la dignidad de las Escrituras y de la religión cristiana; mas aun: justamente por eso las juzga así. Y fácilmente se convencerán de ello, si no comienzan á leer con opiniones preconcebidas, y si no son de aquellos que juzgan que su verdadera misión consiste en desfigurar los hechos aislados, por medio de teorías generales, para ponerlos de acuerdo con aquellas opiniones.

(2) Wellhausen, *Hist.*, tomo I, pág. 420.

Si los pueblos que aspiraban al imperio universal sobrepujaron á Israel en fama guerrera, y los romanos en importancia para el desenvolvimiento de la ley y del derecho, no menos inferior se muestra el pueblo israelita en otros conceptos respecto de otros pueblos de la antigüedad. En Israel no encontramos el sentido de lo bello de los helenos, que, como ningún otro pueblo, ya anterior ya posterior á ellos, supieron llevar las leyes de la belleza á todas las esferas de la actividad intelectual, elevándolas á un grado tal de perfección, que no ha sido hasta el día aventajado ni aun siquiera igualado por pueblo alguno. Lo que mas admiramos en el helénico, no tiene en el hebreo nada análogo ni que se le pueda comparar. Israel no solo no ha producido ningún Apeles ni ningún Fidias, sino que ni siquiera ha tenido pintura, ni escultura, ni arquitectura. Hay, pues, que negar por completo á este pueblo el sentido de lo plástico. Y no se nos objete con el templo de Salomon, porque es evidente que fué construido con arreglo al modelo de los templos paganos de los pueblos vecinos, lo cual le daba cierto aspecto de novedad completamente extraño para el pueblo israelita de aquella época, sin que tuviera nada de comun con el antiguo elevado á Dios en la Tierra Santa, que, según sabemos hoy, carecía de gusto artístico. Además, el templo de Salomon era sumamente sencillo y pesado en su disposición, y eso que los carpinteros, herreros y albañiles que en él trabajaron eran tirios, á lo menos por línea paterna, lo mismo que el maestro que fundió las columnas, adornos y accesorios.

Comparando á Israel con el pueblo helénico, tan ricamente dotado, se nos hace mas patente la monotonía de su vida intelectual. No tuvo epopeya; no creó nada que se pueda comparar con la *Iliada* y la *Odisea*, con las cuales comparan los alemanes los *Nibelunguen* y los finlandeses su *Kalewala*; no posee ni el mas rudimentario ensayo dramático: el *Cantar de los Cantares* y el *Libro de Job* no lo son. Es verdad que tiene en su favor una poesía lírica, jamás aventajada, y la música correspondiente; pero le falta por completo la tendencia científica que inspiraba á los helenos, y, en absoluto, el espíritu filosófico. Tampoco brilló, en manera alguna, por su comercio, ni por su industria, ni por sus descubrimientos, mediante cuyas manifestaciones puede también un pueblo conquistar el mundo; su vida intelectual no tiene mas que un solo aspecto y éste es para nosotros completamente exótico.

Mas que esto último, nos atrae, tal vez, la circunstancia de que este pequeño pueblo ha influido en el desenvolvimiento de la historia de la humanidad mas poderosamente que los griegos y los romanos, sirviéndonos de ejemplo y guía mucho mas que éstos bajo diversos puntos de vista. En nuestro actual modo de pensar y de sentir, en nuestra cultura y en nuestras costumbres ejerce mayor influjo el mundo de ideas y de sentimientos que creó el pueblo de Israel, que todo lo que procede de Roma y Grecia. Nuestra actual civilización está profundamente infiltrada de ideas y de aspiraciones de abolengo israelita.

Esto se explica porque en Israel se desarrolló hasta el mas alto grado de perfección una parte de nuestra individualidad que ha tenido para el género humano mayor y mas general importancia que el arte, la ciencia, el derecho y la filosofía. Mientras que en Grecia la filosofía procedió de la mitología, desarrollándose al propio tiempo la ciencia, en Israel sigue la época de la religión inmediatamente á la de la mitología; y esta religión tiene hasta cierto punto, aun hoy día, mas probabilidades de ser en lo futuro la religión de la humanidad que las que tiene la filosofía griega de ser la filosofía del género humano. Es indudable que Israel, bajo el punto de vista religioso, ha logrado formar época, presentándose mas característico, fuerte y poderoso en este concepto, que los

romanos en el terreno político y que los griegos en el del arte y la filosofía. Ciertamente es que así como Israel tuvo la dirección religiosa del género humano, Roma la tuvo en el sentido político y Grecia en el filosófico; pero mientras que los pueblos cultos en que penetró el derecho romano procuraron libertarse de día en día del dominio de sus ideas; mientras que los restos del arte y de la ciencia griegos solo entusiasman á una parte muy escogida de aquellos pueblos; mientras que la filosofía helénica se ve cada vez reducida á mas estrechos límites, de una parte por el influjo de la religión, y de otra por las nuevas conquistas que diariamente realiza la ciencia, la religión de Israel ensancha mas y mas el círculo de sus dominios, abrazando desde el rey hasta el mendigo, y esforzándose, cada instante con mas avasallador empuje, por abarcar á todos los pueblos de la tierra. La religión es también entre nosotros, por mas que querramos cerrar los ojos á la verdad, objeto de un interés mucho mas general que el arte, que la ciencia y que las instituciones políticas. La discusión de sus fundamentos agita á los reinos y promueve las guerras mas sangrientas; de aquí que obre transformando á unos pueblos y creando otros nuevos. Los caracteres intelectuales de los pueblos de nuestros días, así los que proceden de la cultura europea como los que provienen de la mahometana, son, en su esencia, producto de las religiones monoteístas oriundas de Israel.

Para formarse mejor concepto de la influencia de las ideas israelitas en nuestros tiempos, no hay mas que recordar la importancia que las figuras religiosas del antiguo Israel tienen entre el pueblo. Para las masas la historia bíblica es la historia por excelencia: mas saben de Abraham, de Isaac, de Jacob, de Saul, de David, de Salomon, de Samuel y de Elías que de los héroes de su propia historia, considerándolos como carne de su carne y huesos de sus huesos, y no como á sus descendientes, á quienes miran con los ojos materiales mas bien que con los del espíritu. En este sentido, nuestro pueblo está completamente hebraizado, ó, si se quiere, *semitizado*.

En mayor grado sucede esto mismo con los pueblos que han adoptado el islamismo. Para el mahometano, Abraham es musulman antes que Mahoma, y, por su primogénito y legítimo heredero Ismael, el tronco del pueblo de la revelación; para él todas las figuras religiosas del antiguo Israel son santos mahometanos.

La importancia del pueblo israelita en la historia universal y, al mismo tiempo, el interés que para nosotros tiene la suya particular, estriba en la circunstancia de haberse significado como director bajo el punto de vista religioso. En Israel principalmente tuvo origen la idea de una religión, ó por mejor decir, el monoteísmo. Pero que el lector no interprete mal esta última frase: el monoteísmo israelita no consiste en el reconocimiento de que solo hay un Sér Supremo; esta no es en manera alguna una idea religiosa, sino un principio filosófico. Cuando Mahoma elevó á dogma del islamismo el concepto: «No hay mas Dios que Dios» (1), lo que hizo fué desnaturalizar y empujear la idea religiosa del pueblo de Israel, privándola de su significación y carácter propios, lo cual, en verdad, es disculpable porque la vista de un cristianismo degenerado en paganismo, idolátra y entretenido en controversias dogmáticas, le excitaba á oponerle una antítesis vigorosa por su misma sencillez (2).

(1) *Lá 'iláha illá 'iláhu*, que los escritores cristianos europeos mutilan con harta frecuencia.

(2) Por mas que el amor propio cristiano se resista á confesarlo, debe reconocerse que el islamismo ha cumplido en el mundo una misión, que hizo necesaria el anómalo desenvolvimiento del cristianismo oriental. Si se encontrase solo frente á frente de éste y no se viera combatido por la influencia de la cultura cristiana de Occidente, su poderío no sería

En el pueblo de Israel la religión no tiene absolutamente nada de comun con reflexiones teóricas sobre la naturaleza de la divinidad; no es un saber teórico, sino algo puramente práctico, y lo es, no en virtud de especulaciones filosóficas sino por el conocimiento íntimo de la dirección de un poder supremo, adquirido merced á la inmediata impresión de la divinidad misma; es vida de la vida. El Dios del antiguo Israel no debe definirse como un solo sér, supremo y absolutamente perfecto, sino como el *no-mundo* (1), ó, por mejor decir, como la suma de todas las fuerzas existentes y activas en el mundo, prescindiendo del medio en que obran (2); así el Dios de los antiguos israelitas es el Sér meramente poderoso. Sin embargo, también es cierto que según los antiguos israelitas, el mundo no se extendía mas allá de la comarca que les sustentaba; y por eso el Dios de Israel era el Dios de la tierra israelita, y se admitía sin dificultad la existencia de los dioses de otros pueblos, que ejercían en sus respectivas comarcas el mismo poder que el Dios de los israelitas en el reino de Israel.

Este concepto de Dios fué transformado por la influencia de las profecías. Estas maduraron la idea de que la voluntad de esta divinidad todopoderosa estaba encaminada á la salvación de los hombres. Israel debió representar en todas las circunstancias una especie de comunidad sometida á la voluntad divina, en la cual cada uno vivía de acuerdo con aquella voluntad. Así adquirió el concepto de Dios caracteres morales, y el pueblo de Israel, así como cada israelita de por sí, tuvo una misión moral que cumplir. Este reino de Dios aparece en lo antiguo en el Estado israelita y dentro de sus formas políticas. La destrucción del Estado israelita dió lugar á que se reconociera que la idea religiosa no estaba ligada á él. La ley, que se fué formando despues de la ruina del Estado, logró fundar una comunidad, siendo la ley y no las instituciones políticas la que mantuvo reunidos á los compatriotas, conservando al mismo tiempo al pueblo judío y la religión de Israel. Ya antes de la destrucción del Estado nacional israelita, los asirios y babilonios, pueblos conquistadores que asediaban á Israel, abrieron con sus contradicciones el camino á la idea de que las bendiciones del reino de Dios no debían permanecer limitadas á los israelitas; pero esta idea no llega á cobrar verdadera fuerza hasta que Ciro permite la reconstitución del Estado judaico en ciertas y modestas formas. A los babilonios sucedieron los persas y á éstos los helenos, tomando de día en día formas mas gigantescas la aspiración al dominio universal, que, cada vez mas violenta é impetuosa, pretende abarcar á todos los pueblos hasta los límites mas extremos del mundo, disminuyendo, por consiguiente, cada vez en mayor grado la importancia política de Israel. Entonces éste se aferra tenazmente á la idea de fundar un reino de Dios espiritual y religioso cuyo centro sea Israel y Jerusalem su capital, y al cual deban someterse todos los pueblos, en oposición á las aspiraciones de dominio universal político. Entonces surge con nueva fuerza la creencia — bastante debilitada por las vicisitudes de los tiempos — en las promesas que Dios había hecho á su pueblo por boca de sus siervos los Profetas. Para estos últimos, que confunden el reino de Dios y el Estado israelita, la aurora de aquel reino

fácil de destruir en mucho tiempo, á pesar de su inherente debilidad moral.

(1) Hoy estamos acostumbrados á diferenciar marcadamente á Dios y el mundo; pero esto solo se ha logrado á costa de grandes esfuerzos y muy paulatinamente. Estúdiense bien la historia de las religiones paganas, y se comprenderá mejor la significación de la idea israelita.

(2) Creemos innecesario observar que este sentido se deduce claramente aun hoy día del concepto formado de la divinidad por los pueblos monoteístas, á pesar de las transformaciones que ha experimentado al correr de los tiempos.

debe ser un rey que gobierne según la voluntad divina y que como tal sea el unguido de Dios, en hebreo *másiah*, Mesías. Este rey, de la casa de David, es esperado, y su imagen se destaca mas cada día en lo intelectual y en lo religioso, adquiriendo una serie de caracteres completamente nuevos á causa de las especiales interpretaciones que se van haciendo de las antiguas escrituras.

La pretensión del helenismo de someter también á Israel al dominio de la cultura griega, había hecho entretanto una última tentativa para levantar el reino de Dios dentro de los límites nacionales y de las formas de la ley, y lo consigue transitoriamente; pero despues de un breve plazo, el imperio romano destruye al joven Estado, y, en oposición al deseo de extender el dominio de Dios en las formas de la ley á todas las relaciones de la vida, que, como farisismo, sobrevive á la destrucción del Estado nacional, se levanta el cristianismo como cumplimiento de las antiguas tendencias mesiánicas-universales, que siempre corrieron paralelas con el farisismo.

Según la enseñanza cristiana, Jesús de Nazaret es aquel Mesías que debe inaugurar el reinado de Dios, así como para los mahometanos es Mahoma el fundador de este reino.

El cristianismo y el islamismo tienen hoy razón frente al judaísmo, cuando pretenden ser la continuación natural de la idea religiosa del Antiguo Testamento, y se la niegan á los judíos, que son los continuadores del farisismo. Este último es el desenvolvimiento parcial de una época histórico-religiosa, que atendiendo al desarrollo general solo puede ser considerado como un retroceso transitorio producido por causas externas. Cuando el judaísmo hace depender el derecho á la salvación del cumplimiento de ciertos preceptos, en parte de origen pagano, se cuida mas de la forma que de la esencia de las cosas, dando mas importancia á la cáscara que al fruto que estaba llamada á proteger durante cierto período de tiempo. Los movimientos que se produjeron durante el siglo pasado en el seno del judaísmo bajo la influencia de la cultura cristiana, hacen esperar que llegará un día en que aquel conocerá su error reconociendo al cristianismo como el verdadero continuador del desarrollo del Antiguo Testamento. Entonces comprenderá también que el cristianismo es el complemento y realización de aquellas ideas por las cuales combatieron los profetas, pues él continuó victoriosamente la lucha, abandonada por el judaísmo, contra la dominación universal. En vez del templo de Dios de Israel, la victoriosa Roma edificó un templo á Júpiter, pero el cristianismo ha arrojado para siempre á Júpiter de su Capitolio. Ya se agitan las mejores fuerzas del pueblo judío, tan atrasado bajo el punto de vista religioso, para sacudir el yugo del Talmud, en el cual encontró el farisismo su código. Pero si bien es cierto que estas fuerzas significan ya mucho, se hacen ilusiones si creen poder retroceder al «mosaísmo», pues la religión de Esdras — y este es el mosaísmo — tiene tan pocas probabilidades de ser la religión de los tiempos venideros, como el mismo farisismo. Evidentemente hay que sentar como premisas de tales esperanzas, que el cristianismo vaya desarrollándose por vías naturales, evitando ser llevado á una especie de petrificación por evoluciones que no sean ni religiosas ni cristianas. La misma historia del pueblo de Israel nos enseña adónde pueden conducir en lo porvenir los caminos del cristianismo así como los del judaísmo (3).

(3) Hacer gozar á los judíos de nuestra cultura es abrirles el camino del cristianismo. Toda misión se cumple bajo la presión progresiva de nuestra civilización esencialmente cristiana. ¿Cómo cumplirá su misión aquel que separa nuestra cultura del cristianismo, y aun considera á la primera como enemiga del segundo? La censura que con predilección se hace á la «Teología liberal» — (este nombre es tan vacío y falto de sen-